

Mariano Picón-Salas

## Las horas del amor...

PORQUE...

**P**ORQUE eres morena como el mar y como la asoleada tierra de sembraduras te distinguí, te señalé entre todas tus compañeras así como al caminante perdido en la montaña le llegó la voz del océano; la tibia brisa salada, este presentimiento infinito y vasto de la movible mar y de la tierra húmeda y morena y removida de exhuberancia. Y tu voz se alzaba entre las de tus compañeras como la voz del mar y tus ojos invitaban a seguirte y a gozar de tus tempestades y tus cabellos estaban sueltos y dispuestos a partir en la aventura oscura, desalada y ciega del amor. Y yo el hombre taciturno que hablaba poco y apretaba en mis puños todas las resoluciones, fui el único que siguió detrás de ti; mi resolución ya estaba hecha y lanzada como un dardo al destino. Soy caviloso para resolver, he dejado pasar sin detenerlas muchas horas alegres; estuve recostado en los barandales de un muelle en un puerto extranjero; miraba los navíos que zarpaban, cerca de mí arrojaron su carga de mercaderías exóticas, olía en ellas los perfumes de las tierras distantes que me gustaría conocer; subió una mujer cosmopolita por la escalera del trasatlántico, arriaron una bandera y entre la grito de los marinos borrachos soltaron las amarras. Con aquel barco escapaba mi última resolución. Palpé en mi bolsillo las cuatro últimas monedas de aquel

país extranjero y uno de esos pequeños cartones llenos de sellos y de timbres que permiten en esta edad errante recorrer toda la tierra. Un aparato no más grande que un reloj os señala en la popa del buque las millas recorridas; el capitán tiene un largo antejo, hay como en los buenos hoteles biblioteca y jardín de invierno y sala de té. Pero yo volvía a mi casa por entre las calles conocidas: calles de puerto, muros que ha agrietado la erosión del mar, ya me conocían los empleados de la aduana y Juan el hombre negro de la grúa, y tenía mi asiento y mi cerveza oscura en el ruidoso bodegón, cerca de una ventana que daba al mar.

De allí tú me moviste. Pero ¿cómo se proyectó tu imagen en los espejos empañados y penetró hasta allí tu voz, y cuando pasaste te señalé entre tus compañeras como si llevaras un signo?

Tu le traías al hombre irresoluto la orden de partir... Y como si mi vida anterior fuese un sueño, aun me encontraba en la playa dorada de la juventud. Siempre fui joven y alegre. Amaba el mar y el peligro y empavesaba mi barco para un viaje nupcial...

Ahora solos y juntos ante el infinito horizonte tú me dijiste la primera palabra temblorosa y yo desencadené mi canto de amor.

...Porque eres morena como el mar y como la asoleada tierra de sembradura. Era un canto gozoso como el de una juventud que se liberta; como el del ideal que llega en una mañana radiante cuando ya no se le espera. A veces para que lo entendieras mejor se adelgazó y se hizo leve junto a tus pequeños oídos. Y entonces tenía la voz suplicante y lejana de mi antigua melancolía.

#### EN LOS LEJANOS AÑOS...

En los lejanos años en que no te conocía, tú estuviste haciendo un aprendizaje de quietud. Encauzaste tu vida como en un remanso: e intuitivamente como los pájaros el canto tuviste

el sentido de la palabra armoniosa; qué de caminos, qué de galerías del alma recorrería tu voz hasta salir a tu boca como después de un viaje enriquecida de levedad y clara, como si adentro hubiera quedado el limo de los sonidos torpes y de las palabras inútiles. Para el peregrino vacilante tú tenías los sustantivos esenciales: los que no necesitan adornarse, amor, y los verbos que animan y mandan: ven, espera, confía. Y cuando tantas palabras murieron en nosotros es tan bello descubrir estas que todavía viven y a las que uno puede asirse como al descanso permanente. Con estas cuatro grandes palabras—yo en quien murieron todas las viejas vidas—edificaré mi nueva vida. Serán las columnas de mi casa.

También hallé en tus ojos la paz de que venía ansioso. Y me miraba en ellos como quien estuvo mucho tiempo ausente y torna a ver con los ojos dulces de reminiscencia el pozo del jardín casero. Sus aguas adormecidas retrataron al través de los años nuestro rostro cambiante: nos vieron de niños cuando volvíamos de la escuela reclamando la merienda; luego fué el rostro pálido del adolescente a quien turban las primeras revelaciones, después la mirada resuelta—al triunfo o a la fatalidad—del hombre joven que partía. Ahora tapizado por las hojas del otoño es tan suave acercarse a su brocal. En sus aguas se retratan como rostros todas nuestras antiguas edades. Nos parece que hemos vivido menos. Aún después de tanto tiempo nos encontramos ternura, y yo te daría mi mano fiel. Mi mano grande en donde se acogieron como dos palomas medrosas tus dos pequeñas manos.

Y me traías, curiosa Caperucita, que la encontraste en el campo, la fruta nueva, más jugosa y fresca que las cerezas de otras latitudes: tus labios. Ninguno los había besado y yo exprimía su primera miel asoleada, virgen.

Ante mí estaba y se me ofrecía como un panal toda tu juventud.

DISGUSTO...

Hagamos para marcar bien el curso de los días y dar toda sensación contradictoria este paréntesis del disgusto. A veces el recuerdo de que antes fuimos distintos, la palabra que no queríamos decir y nos salió en medio del camino como un guijarro o el tiempo que de pronto se volvió pesado y amenazaba enviar contra nosotros sus oscuros cirros lo produjeron, y huimos como si cayera el aguacero a refugiarnos en nuestras propias almas. Toda comunicación se interrumpe: huimos tan de prisa que cuando yo te llamé ya ibas lejos, se cruzaban los carruajes en la calle, se lanzó veloz el tranvía, te ví partir, me encandilaban con su luz parpadeante los grandes focos de la avenida. Y estaba solo con este amor que me dolía ante la multitud que no repara.

Seguí por la calle que recorreremos todas las tardes y porque tú faltabas todo me traía tu recuerdo. El joyero exhibió la sortija que me gusta: mi sortija, tu sortija, la pequeña esmeralda que ando buscando para tus dedos. En vano la florista me ofreció sus violetas y después de la tristeza de estas noches de invierno; para esta noche Dios había convocado a todas sus estrellas.

Me sorprendió la luz de la noche y la alegría de los que pasaban.

En esta fiesta de las cosas tú sólo no participas como una princesa que quisiera ser cenicienta. Y por culpa tuya yo tampoco puedo gozarla.

Dormiré mal esta noche; me pesará lo que dije y lo que no dije y te tendré presente, profunda y ahondada en mí como una gran herida.

No esperes que mañana vaya a buscarte ni que ceda tan pronto mi orgullo. Pero al día siguiente, no creas que esperándote, estaba en el mismo sitio. Tú también estabas. Y no fuiste tú ni fui yo quien se adelantó primero. Fuimos nosotros.

Como la tarde era hermosa y la gran alameda se abría invitando como un camino, marchamos juntos.

Y ya en el silencio, en el dorado rincón de la tarde, cuando los rostros se esfuman y las palabras se van diciendo bajito, las manos se unieron sin notarlo, sin evitarlo.

#### A LA MADRE...

En el momento del disgusto, cuando ella huía de mí y le encontraba un alma ausente como si la llamaran sus antiguos recuerdos, yo comparaba, madre, su amor con el tuyo. Y el tuyo tenía la permanencia. Y es que el amor necesita ahondar en la carne y juntarse con nuestras vísceras y sangrar como nuestra carne adolorida para que se defenga e incruste en nosotros, así como yo, madre, estuve apresado en tus entrañas. Por el dolor que te causé, por todo lo mío que hay en tí, porque me llevaste y te doblegaste conmigo como el gajo con la fruta, yo conquisté, madre, el derecho a tu permanencia.

Y nuestro amor salvó como un navío estos espacios del tiempo y de la personalidad: No tenía tiempo ni personalidad y ancló como en un puerto tranquilo en esta paz del afecto inmutable, sin lógica, sin raciocinio. Tú eras la madre y yo era el hijo. Y al través de la vida y como quien encuentra su casa en alta noche, yo siempre volvía a tí después de las jornadas inútiles o dolorosas. A veces tú ignorabas qué pena me trajo en aquella hora inoportuna: porque llegué tarde a la casa y me senté en el salón sin hacer ruido. O viste luz en mi pieza o gimió una cerradura o entré sigilosamente y a tientas como un ladrón o un fugitivo. Pero desde cualquier sitio me llega tu aliento; tus ojos que velan en la noche, y en cualquier pasadizo, en el umbral de cualquier puerta, me estarías esperando. Como la vida me tornó silencioso casi no interrogabas, pero tu muda protección me envolvía como un hálito. Y cuando yo quería hablar te olvidabas de mis años; olvidabas también tus penas y tus años, y como quien abre un antiguo cofre yo volvía a encontrar mis olvidadas caricias infantiles. Me pesaba menos

la vida: pensaba que todavía era un niño y tú me protegías. Y las angustias de afuera: el dolor que hasta tí me trajo en aquella noche no eran sino juegos de niños, la pasajera discordia de algún juego de niños.

Pero el amor de ella, madre, me dolía como un dolor de hombre. Recorría y se reforcía en mi cuerpo como una llama. A veces huía y se levantaba más alto que mi cuerpo y lo veía dispersarse como el fuego de muchas llamas y mis dedos desesperados querían detenerlo entre sus abiertas quemaduras.

Y yo estaba de pie y jadeante persiguiendo a aquel amor que como un volantín lo arrastraba el viento malo.

¡Amor al que no le puse todavía esta áncora de la permanencia! Me he de sacrificar, madre, hasta que él se detenga en mí y sólo yo le plazca.

Y un buen día, madre, te he de decir que ya descansa en la tranquila bahía de mi alma: calmó su ímpetu aventurero, llegó a puerto y no le teme a las tempestades de afuera. Aquí depositó su carga de flores y de perfumes. Ahora le basta este brazo de mar y este trozo de cielo. Evocaremos los viajes peligrosos, las noches oscuras en el mar, lo que ella sufrió por mí y lo que yo sufrí por ella y nos será más dulce nuestro reposo.

Y sonreirás, oh madre, de verme feliz, como cuando era niño celebrabas mis juegos.

#### EL AMOR EN REPOSO...

Iba a hacer la canción del amor en reposo. Ya eres mía y tenías el sello indeleble de las cosas que amo. Placiame imaginar que construía para tí la cabaña de frescas palmas verdes donde el hombre errante detuvo su última inquietud: afuera quedó anclada la barca viajera, los líquenes del mar se aferraron a sus viejas amarras como inmovilizándola para siempre, y el agua y el sol y el abandono desvanecieron el guerrero nombre con que se le conoció en otros mares. Te había encontrado como a la reina de una isla desierta; te acostumbé a mi lengua bár-

bara y sin esperanza de regreso yo solo quería tenerte; nada me llamaba allá lejos, y aquí estaba la playa deleitosa — de olvido y de descanso — de tu dorada juventud.

Cuánto me costó ganarte y para que no te invitara como a mí la mar pérfida, se guardaba en mi cabaña. Bajo las frescas palmas que yo mismo transplanté del monte podría dormir nuestro amor: ellas nos amparaban del viento en las bravas noches de otoño y con las pieles de animales feroces te curti suaves alfombras para tus pies. La cabaña se adornaba con los objetos que traje de mis navegaciones y en medio de todos, tú, como la más grande y hermosa perla que descubrí en el mar.

Todas mis inciertas andanzas sólo tuvieron este fin.

Y ahora después de besar tu boca y de dormirme bajo el arco de tu frente y de no escuchar las horas, iba a decirte la canción del amor en reposo. Cuando te oprimían mis brazos y te recostaba junto a mi corazón, parecíame que había detenido a la felicidad.

Pero ¿puede hablarse del amor en reposo? Porque cada día del fondo de nuestras almas como un nenúfar, nos brotaba un sentimiento nuevo. Ya habíamos sobrepasado aquellos límites humanos de la medida y de la cantidad. Y ya no en mi vieja barca inmovilizada en su lecho de líquenes, sino en el misterio de tus ojos cambiantes, de tu cuerpo y tu alma míos, de tus manos que siempre quería más, de tu boca que se encontraba con mi boca, yo continuaba mis viajes infinitos. Sólo que ahora no le tenía miedo al mar: llevándote había vencido la furia de las aguas y al tiempo y a la muerte.

Era un viajero contento cuya inquietud de amor no conocía riberas...